

faltas que se perdonan á los hombres y que no se haga de ella la víctima expiatoria única de todas las faltas. En general habla Castiglione, no como súbdito del soberano, sino como hombre libre é independiente, que en una corte no conoce otras diferencias entre los cortesanos mas que las distinciones de categoría; de suerte que en el capítulo de agudezas, refiere tambien muchas que dirigen su punta contra los príncipes y los papas. Al describir un príncipe y su corte pide la expulsión de los aduladores; y entre la república y la monarquía, se declara por esta, porque un solo individuo, dice, puede ser educado mas fácilmente que muchos; pero tampoco es partidario de la monarquía absoluta, pues la quiere limitada por dos consejos, uno superior y otro inferior, cuyos individuos deben ser nombrados por el rey, los del primero del seno de la nobleza y los del segundo de la clase del pueblo. Quiere que el soberano sea guerrero y ostentoso, no para glorificar su persona, sino para el lustre del país y de toda la Italia, cuya triste suerte lamenta y á la cual quisiera ver pacificada. A este efecto propone que se invite á todos los soberanos mas poderosos á proclamar la paz universal. Así llega de ideal en ideal al del amor espiritual, que forma el fin de la obra, y que explica entre otros en los términos siguientes: «Tú (amor puro) unes los elementos, haces producir la naturaleza y haces servir los productos para sostener la vida. Tú juntas lo que está separado; tú haces perfecto lo que no lo es; tú haces asemejarse lo que ninguna semejanza tiene, tú transformas las enemistades en amistades, tú haces fructífera la tierra, das calma al mar y luz vital al cielo. Tú eres el padre de los placeres verdaderos, de la gracia, de la paz, de la dulzura y benevolencia, enemigo de la grosería y de la indolencia, en una palabra, eres principio y fin de todo lo que es bueno..... Corrige los defectos de nuestros sentidos; dános la verdad despues de tantos errores; déjanos aspirar aquella aura espiritual que vivifica las virtudes; déjanos oír aquella armonía celestial que calma las discordias; embriéganos en el manantial inagotable de la satisfaccion que vivifica perennemente, que con su clarísima agua da al sediento un presentimiento de la bienaventuranza; alumbrá con tu clara luz las tinieblas de nuestra ignorancia, á fin de que no hagan caso nuestros ojos de la belleza transitoria que se vé, sino que veneremos la belleza invisible; enciende en nuestras almas aquel fuego vivo que destruye todo lo bajo y feo, á fin de que cuando abandonen nuestro cuerpo, puedan unirse con dulces é imperecederos lazos con la belleza divina, á fin de que nosotros, á fuer de amantes verdaderos, nos identifiquemos con lo que amamos y, elevados hasta los ángeles, nos podamos unir con Dios.»

La persona en cuya boca pone Castiglione este magnífico trozo es Pedro Bembo, que fué una gloria no solo del círculo literario de la corte de Urbino, sino de toda la Italia, y puede ser considerado como autor que escribió no solamente para su patria sino para el mundo entero. Había nacido en Venecia en el año 1470; sirvió algun tiempo á Julian de Médicis, al cual mostró su gratitud en un panegírico, y cuando Leon X ciñó la tiara, entró á su servicio y le dedicó una poesía en la cual decia que había sido elegido por orden de los dioses inmortales, amantes de Jesucristo. Murió en 1547 siendo cardenal, despues de haber dedicado su juventud al amor, su edad viril á las musas y su vejez á la religion; pero cuando ya disfrutaba de grandes dignidades eclesiásticas, cantaba todavía el amor, no el ideal y fantástico, sino el real y positivo, en términos ardientes, cuyo objeto era una hermosa romana de la cual tuvo tres hijos. Escribió elegías eróticas en versos latinos, y tambien coloquios sobre el amor ideal titulados: *Gli Asolani*, en el sentido en que habla Castiglione en el trozo que hemos citado de su obra *El Cortesano*. En

los coloquios mencionados, que el autor supone haber tenido efecto en Asola, pequeña ciudad en el territorio de Treviso, y de donde descendian los Cornaro de Chipre, dice Bembo (el cual dedicó la obra á Lucrecia Borgia) que el amor es ensalzado el primer día como origen de la mayor dicha que puede experimentar el hombre; al segundo día se le maldice como causa de la mayor desdicha, y al tercer día se calma el odio y se acaba por mirar el amor como fuente del bien y del mal, preliminar del amor divino que todo lo vivifica.

Bembo escribió en prosa y en verso, en latin y en italiano; era filólogo é historiador; publicó una edicion crítica de las obras de Dante en 1502, y en 1522, bajo el título de «Prosa toscana,» una coleccion de reglas para escribir bien en italiano. En 1531 presidió un congreso lingüístico para decidir cual de los dialectos italianos, el lombardo ó el toscano, debía ser el literario de toda Italia.

Este interés y entusiasmo por la lengua vulgar no eran mayores que los que sentía Bembo por la lengua latina. Era partidario del latin clásico ciceroniano, y la coleccion de sus cartas privadas, así como las escritas en calidad de funcionario público y que él mismo publicó, son un modelo brillante del estilo epistolar de aquella época. Un mérito análogo tiene su historia de Venecia, que escribió por encargo del gobierno y viene á ser una obra típica de aquellas que tomaron prestados de la antigüedad la parte exterior y el vocabulario del culto gentilicio y de la organizacion política y administrativa usado por los autores antiguos, pero que en la disposicion interior se quedó muy atrás de estos, tan metódicos en la distribucion del material histórico.

Era Bembo ministro de la religion, pero como ya dijimos, á la vez hombre de mundo, partidario de la astrología, amén de algunos resabios gentilicos, puramente exteriores; pero cuando supo que había sido nombrado cardenal, no quiso aceptar hasta que oyó casualmente en la iglesia, durante la lectura del Evangelio, las palabras del Salvador: *Pedro, síguese,* y las creyó ser una orden superior.

Muerto Guidobaldo, perdió la ciudad de Urbino toda su importancia y lustre, y aunque el ducado y la capital conservaron su independencia durante todo un siglo, hasta que finalmente fué aquel incorporado á los Estados pontificios, en el movimiento del Renacimiento no tuvo ninguna influencia desde la extincion de la dinastía de Montefeltro. La que siguió á esta fué la *delle Rovere*, de la cual eran vástagos los papas Sixto IV y Julio II, sobrino del anterior. Esta familia dió al ducado dos soberanos notables, Francisco María I Guidobaldo y Francisco María II, que hicieron nobles esfuerzos para sostener dignamente las tradiciones militares y literarias de sus predecesores; pero ni los tiempos ni las circunstancias eran ya los mismos, y el ducado no pudo librarse de ser juguete de la política general, teniendo que contentarse con las glorias pasadas y con la gran celebridad que le dieron sus hijos, entre ellos el mas eminente, Rafael Sanzio, que hicieron popular en el extranjero el nombre de Urbino, su ciudad patria.

CAPITULO XII

FERRARA

Esta ciudad conservó su lustre y fama de asilo de las artes y letras mucho mas tiempo que Urbino. Háse dicho muchas veces á manera de adagio: «Ferrara fué grande por sus príncipes,» y en efecto, así fué, pero en la inteligencia de que á falta de hombres verdaderamente grandes, los príncipes mas capaces de la casa de Este supieron seguir hábilmente la corriente de su tiempo, encubriendo su falta de genio con

el lustre exterior, y tuvieron la suerte de encontrar escritores muy dispuestos á hacerse heraldos de su gloria y de su fama de príncipes de paz, aunque no se diferenciaban de los otros soberanos italianos que mancharon su nombre, su familia y su país con sus asesinatos y abominaciones. Por lo demás, los príncipes de Ferrara recompensaron á los poetas y oradores que, afanosos de honores y de oro proclamaron á porfía su fama, mas con buenas palabras que con dádivas sonantes y de valor.

Los príncipes que reinaron en Ferrara durante la época mas gloriosa del Renacimiento fueron Hércules I (1471 hasta 1505) y Alfonso I (1505 hasta 1534). Alfonso II, que debe su fama á su víctima Tasso, al cual tanto hizo padecer, pertenece ya al principio de la decadencia del movimiento literario del Renacimiento.

Hércules I era varon robusto, activo y notable en muchos conceptos. Hijo legítimo del marqués Nicolás III, tuvo que conquistarse á la fuerza su patrimonio, despues de haber pasado por las manos de dos hijos bastardos de su padre. Casóse en 1473 con Doña Leonor de Aragon, hija de Alfonso, rey de Nápoles. Las fiestas que solemnizaron las bodas fueron dispuestas por el cardenal Pedro Riario y fueron brillantísimas; pero el matrimonio fué, en cambio, desgraciado, porque Leonor, despues de una tentativa frustrada para envenenar á su esposo, fué envenenada despues, segun se dijo, por este, en 1493. Esto no impidió que la corte llevara luto y que los poetas lamentaran en sentidos versos su muerte, siendo la mas notable de estas obras la que tuvo por autor á Ariosto, entonces jóven todavía.

Hércules I gobernó á Ferrara con mucho talento y la sacó no sin algunas pérdidas, pero bastante bien, de los muchos conflictos de aquella época agitada. En la guerra que hubo de sostener en el año 1482 contra la república de Venecia y el papa, aliados, tuvo ocasion de lucir su valor y su talento diplomático. Desde entonces concentró su política en esta doble mision: reconciliarse con el papa y ponerse en buenas relaciones con Francia, cuyo influjo en los asuntos de Italia iba siendo cada día mayor. Esta política le obligó á aceptar por esposa de su hijo á la hija del papa Alejandro VI, á quien despreciaba en el fondo de su corazon. Alejandro VI se vengaba á su vez llamándole *mercachifle* y su hija Lucrecia Borgia era para Hércules objeto de un terror siniestro. En su capital y territorio Hércules reinaba como autócrata, dueño de personas y cosas. Cada día le habian de presentar la lista de los forasteros que habian llegado, para impedir que tratasen con nadie mas que con él, de modo que monopolizó todo el comercio y dió entre tanto carta blanca á su jefe de policía Gregorio Zampante. Este castigaba cruelmente las simples faltas y pequeños delitos de los pobres y dejaba campo ancho á los grandes criminales que podian darle cuantiosas sumas, con lo cual excitó contra sí un odio á muerte entre el pueblo. Vendía los empleos, tanto que los hombres mas respetables tenian que someterse á sus exigencias, como el poeta Tito Strozzi, el cual dijo de sí propio que durante el desempeño de su empleo había sacado las manos limpias, pero el pueblo no creía en tal pureza y decia que era «peor que el diablo.»

Ferrara ganó mucho con el gobierno de Hércules, la ciudad se ensanchó considerablemente y la poblacion aumentó en proporcion, tanto que en 1497 no había casa ni habitacion desocupada. Se levantaron grandes y suntuosos palacios, pero el pueblo gemía de tal suerte bajo el peso de impuestos, gabelas y otras cargas que, á pesar de los espías y delatores manifestó alguna vez su descontento, aunque no llegó nunca al extremo de degollar á todos los empleados de la casa de Este, segun le aconsejaba un poeta cortesano llamado Luis Carbone.

Hércules I, sin ser erudito, había recibido una buena educacion literaria; le gustaban las artes y en especial, al parecer, la música; engrandeció la universidad y aumentó los sueldos de los profesores; á su solicitud y proteccion se debió el establecimiento de las primeras imprentas en su capital; le halagaba ver acudir á su corte poetas y hombres doctos, y que le ensalzasen con sus poesías y otros escritos.

Su hijo y sucesor Alfonso, que para tomar posesion del ducado tuvo que sofocar primero una sublevacion organizada por algunos hijos ilegítimos de la casa de Este, tenia otro genio. Había recibido poca instruccion, ya por haber sido en su infancia enfermizo, ya por su escasa aficion á los estudios; de manera que ninguna impresion le causaron las flores oratorias que Filelfo sacó de su ingenio cuando celebró el primer casamiento del duque, que fué con Ana Esforcia, y mucho menos le gustaron las comedias de Plauto, que se representaron para celebrar sus diferentes entradas en la capital. En cambio le gustaron un poco mas las artes, porque cuando en sus últimos años construyó sus palacios de Belriguardo y Belfiore ocupó á Rafael y al Ticiano. La música tambien le atraía, pero su índole le dirigía á los conocimientos prácticos; montó en su palacio un taller de tornero, donde trabajaba en su horas de ocio, y aprovechó un viaje que hizo á Francia é Inglaterra para estudiar las condiciones políticas é industriales de estos y otros países. Su elemento principal era, sin embargo, la guerra, en la cual era perito, y no le faltaron ocasiones de probarlo. El parentesco con Alejandro VI aseguró la tranquilidad política de los duques de Ferrara mientras vivió este papa, pero apenas murió volvieron á surgir las diferencias, enemistades y contiendas. Todo el valor y toda la pericia de Alfonso I no fueron suficientes para sacar su ducado ileso, y á pesar de su victoria cerca de Rávena, en 1512, tuvo que ceder Módena y Reggio al papa Julio II, que le había excomulgado y despues le absolvió con mucha repugnancia. En 1528 recobró estos territorios por la intervencion del emperador Carlos V, á quien había auxiliado en su expedicion contra Roma.

Era Alfonso I persona sencilla en sus costumbres, en su trato y en el vestir. Le gustaba vivir bien, sin tener pasiones peligrosas; era un tanto áspero y reservado, y el novelista Girardi, sin faltar demasiado á la verdad pudo calificarle de magnánimo, generoso, sobrio y virtuoso. Mucho trabajo había costado á su padre obligarle á aceptar por esposa á Lucrecia Borgia, pero cuando la admitió, haciendo este gran sacrificio á la política de su padre, hizo tambien el obsequio de salir á recibirla, aunque de incógnito, cuando Lucrecia se dirigió á Ferrara; la ofreció sus respetos en Bentivoglio y el mismo respeto la guardó cuando estuvieron casados.

Antes de ser casada había sido Lucrecia gran pecadora; pero despues, si no llegó á ser criminal estuvo por lo menos muy cerca de serlo, y como tal ha quedado estigmatizada su memoria. Fuera de toda duda está que asistió á las orgías del palacio pontificio; pero no consta que tuviera participacion en el asesinato de su esposo el duque de Buselli, sobrino del rey de Nápoles, ni que estuviera iniciada en las abominaciones é iniquidades de su padre y hermano, ni que merezca la fama de monstruo femenino por los vicios anti-naturales y crímenes execrables de que se la acusa. Si todas estas acusaciones fuesen verdad, podría preguntarse cómo pudo tener todavía la desvergüenza de entrar en una de las familias mas ilustres, cómo pudo presentarse diez y seis años despues de la muerte de su padre, con la cabeza erguida, en su corte y entre el pueblo que la aclamaba con igual entusiasmo con que los poetas cantaban sus méritos; cómo la pudo respetar y apreciar su esposo cada año mas, y tambien cómo los poetas sus panegiristas habian podido olvidar su dignidad hasta

perador Maximiliano, á sus amigos y á celebridades contemporáneas, como Lucas Ripa, A. Tebaldeo, Juan Pico de la Mirandola y Angel Policiano, y otras son alegres y de amor novelesco cuyo objeto lleva nombres supuestos muy diversos, como Neera, Nape y Celia. Bajo estos nombres han creído muchos que cantó el poeta á Lucrecia Borgia, pero el hecho es poco menos que increíble, porque las poesías que la dedicó directamente, como poeta de la corte, indican todo menos la mas leve huella de una pasión amorosa; y si ensalzó la fuerza mágica de sus ojos, que tan pronto vivificaba como petrificaba, si dijo que su canto era mas dulce que los armoniosos sonidos de la época de Pericles; si alaba objetos de arte que poseía, si saludó á su hijo como fundador de una nueva era grandiosa, si llegó á compararla hasta con las diosas de la antigüedad, y si no contento con esto la llamó: «Causa primera como Júpiter, que todo lo crea y anima,» no hizo mas que lo que hicieron todos los poetas cortesanos de su tiempo, sin otro sentimiento fuera de la esperanza de recibir la acostumbrada recompensa metálica. Otra razón poderosa en contra de este supuesto amor es el casamiento del poeta, en 1508, con la joven viuda de Hércules Bentivoglio, la hermosa Bárbara Torelli, que volvió á enviudar á los trece días de su segundo matrimonio, porque el 6 de junio del mismo año 1508 fué encontrado asesinado en la calle su esposo Hércules Strozzi. De este crimen nadie acusó á Lucrecia Borgia, sino solamente á su esposo el duque Alfonso que solía preferir para sí á sus súbditas mas bellas. El desgraciado poeta había presentado su temprana muerte porque en una de sus poesías amorosas en que se lamenta de su poca fortuna en amor, dice que ensueños malos le habían pronosticado un fin desgraciado, y en otra poesía se acusa de haber abandonado las musas para dedicarse á asuntos de Estado y que en cambio morirá temprano, sin poder concluir ni limar sus obras. Su terrible fin aumentó su fama y dió origen á muchas fábulas novelescas de que era el héroe y esto explica también por qué Ariosto le inmortalizó como heraldo de las virtudes de Lucrecia Borgia.

Después de los dos Strozzi nos toca hablar de Celio Calcagnini y de Sil. Greg. Giraldo, que no eran poetas, á pesar de haber escrito y por desgracia publicado alguna que otra poesía. En cambio eran sabios universales para su época y de los que tomaron vivísima parte en los sucesos de su tiempo. El primero vivió desde 1478 hasta 1541, y era amigo de los Strozzi, tanto que pronunció el discurso fúnebre sobre la tumba del hijo, muerto tan joven y tan desgraciadamente. Strozzi, padre, elogió en una de sus obras el estro poético de Calcagnini. Este había servido en los ejércitos de los belicosos soberanos Maximiliano I y Julio II, después trocó la espada por la pluma del diplomático para ingresar, finalmente, en el puerto de los estudios pacíficos y de la devoción. Antes del gobierno de Renato de Francia inclinó ya Calcagnini al luteranismo, del cual se apartó por consejo de un amigo, y después aprobó los divorcios del rey Enrique VIII de Inglaterra. No fué la teología su estudio exclusivo porque acerca de la astronomía publicó un escrito en el cual trató de probar, mucho antes de Copérnico, que el sol estaba inmóvil y que la tierra se movía. También fué doctor en jurisprudencia y humanista; reunió manuscritos antiguos en tan gran número que su biblioteca gozó de mucha fama entre sus contemporáneos, y sus estudios y conocimientos en las letras antiguas le aseguran un puesto muy honroso entre los humanistas. Tal era su afición á las lenguas clásicas que quería ver el idioma italiano completamente proscrito de las letras y de las ciencias. No fué, sin embargo, tan débil como otros humanistas, que hicieron de su afición un culto y renunciaron á su buen criterio individual. La autoridad de Ci-

ceron no era para él absoluta, y lo demostró escribiendo una crítica de la obra del orador latino: «De los Deberes.» La misma independencia de carácter conservó en todo, apreciando, al revés de sus paisanos, el mérito hasta en los alemanes, á quienes los italianos miraban aun como bárbaros, é hizo llamar á uno de ellos, Jacobo Ziegler, á la universidad de Ferrara. A un sabio judío llamado Ruben, dijo en pleno claustro en ocasión de concederle el título de doctor: «En materia de ciencia no hay diferencias entre judíos y cristianos, ni se pregunta si uno es pagano ó está iniciado en los misterios de la religión cristiana.»

Sil. Greg. Giraldo vivió desde 1479 hasta 1552. Era natural de Ferrara y fué protonotario del papa en Roma, durante tres pontificados consecutivos, bajo la protección del conde palatino de Carpi. Los últimos veinte años poco mas ó menos los pasó en su ciudad patria. Sus estudios sobre los autores antiguos son tan interesantes y notables como sus demás obras, que nos ilustran sobre su época. Trató en los primeros de investigaciones, por ejemplo, sobre la vida de Hércules, cuyo trabajo le valió ser acusado de herejía, y fué menester que se defendiera seriamente y probara que este y otros estudios sobre cosas paganas no influían para nada en sus sentimientos cristianos. En otra obra voluminosa, titulada: *Syntagma de diis*, analizó la mitología antigua; en otras habló de la marina de los antiguos, de su manera de sepultar á los muertos, y dejó muchos otros trabajos arqueológicos que si no se distinguen por ideas y datos nuevos, fueron muy apreciados durante mucho tiempo por la abundancia de material que contienen y por su estudio profundo, concienzudo y exacto.

Entre sus demás obras figuran en primera línea una historia de la literatura de aquel tiempo titulada: *De poetis suorum temporum*, cuya primera parte escribió en el pontificado de Leon X, y la segunda en el año 1518, en forma de diálogo. Los interlocutores son el autor, Alejandro Rangone y Julio Sadoletto, el hermano del cardenal, los cuales comunican al lector un tesoro de noticias tan precisas como importantes y le revelan con sus observaciones críticas el grado que los sentimientos estéticos habían alcanzado en aquel tiempo. Como contraste con este cuadro halagüeño acabó en 1533 otro muy negro titulado: *Progymnasmata adversus literas et literatos*, publicado en 1541, y en el cual acusa á sus contemporáneos, y especialmente á los literatos, de vivir entregados á las pasiones, á la vanidad, á la obstinación, al ateísmo, á la inmoralidad y á la idolatría de sí mismos, acusaciones en gran parte fundadas pero en general exageradas. El mal humor del autor aumentó los defectos y no le permitió ver las virtudes. Acaso influyeran también en su juicio los primeros síntomas de la reacción eclesiástica contra el espíritu del Renacimiento, porque desde el llamamiento de Guarino á Ferrera con el propósito determinado de crear un nuevo ambiente intelectual y abrir una nueva era de cultura, había pasado un siglo, y ya tomaba el movimiento un rumbo que inspiraba grandes temores á los representantes de la Iglesia.

Notable era el lustre que Ferrara había adquirido con los grandes ingenios que allí habían representado hasta entonces el Renacimiento de las letras; pero todos estos ingenios quedaron eclipsados por dos poetas que son todavía hoy el orgullo de Ferrara y de toda la Italia, á saber: Mateo Bojardo y Luis Ariosto.

El primero, Mateo María Bojardo, de la familia de los condes de Scandiano, es poco conocido y menos apreciado de lo que merece, como suele suceder á los que abren horizontes nuevos, en los cuales vienen luego otros que pasan adelante y se llevan toda la gloria. Bojardo introdujo ó creó en Italia el poema épico caballeresco.

Nació este vate en 1434, entró muy joven al servicio de los duques de Ferrara, subió hasta gobernador de Reggio y murió en 1494. Mucha fama adquirió como funcionario del Estado, pero su celebridad póstuma es debida á sus obras literarias, que se dividen en líricas, dramáticas y épicas. Sus poesías amorosas están dedicadas á una mujer llamada Rosa, á quien dice haber amado «desde sus primeros años,» y á quien ensalza, al estilo de su tiempo, en términos exuberantes, diciendo que los ángeles bajaron del cielo para admirar su belleza y negando el derecho de hablar de hermosura á todos los que no hayan visto á su amante. A pesar de estos sentimientos fingidos, en los sonetos y canciones amorosas de Bojardo se siente un ambiente poético cálido, que parece salir del corazón y confirma el lema del poeta, que se encuentra en todas las medallas que se le dedicaron: «El amor todo lo vence.» (*Amor vincit omnia.*)

Escribió un drama titulado: *Timon*, que es una traducción libre del Timon de Luciano, menos el final, que es muy distinto del original é invención exclusiva de Bojardo. En esta como en otras traducciones y en sus publicaciones de autores clásicos, se presenta á la posteridad como autor y traductor instruido y de mucho talento. El *Timon* de Bojardo excita con sus furores la atención de los dioses y determina á Júpiter á enviar á la tierra la Riqueza, acompañada de Mercurio, con órden de proporcionar un nuevo tesoro á aquel Timon, empobrecido sin culpa suya, y que en su desesperación quisiera sembrar yerbas ponzoñosas para llenar el mundo de peste y de sangre. Timon, inspirado por la Pobreza, que se jacta de haber hecho de él un hombre digno de este nombre, rechaza todo trato con los enviados divinos; pero la Pobreza se retira, y á medida que se aleja pierde Timon la fuerza de resistencia, y acepta finalmente el tesoro que se le ofrece y que consiste en dos jarras llenas de monedas de oro, que encuentra en el sepulcro de Timócrates. Este cambio de fortuna, en lugar de hacerle sociable le vuelve mas huraño, y bruscamente despidió á los parásitos que se le acercan, atraídos por la noticia del hallazgo. En esto llega al sepulcro Parmenion, antiguo y fiel criado del difunto Timócrates, y proclama dueño del tesoro al hijo de este último, el joven Filocoro, en virtud de una carta que su padre había dejado con órden de no abrirla hasta después de diez años, plazo que entonces acababa de cumplirse. Timon, volviendo á quedarse pobre como antes, abre los ojos, y viendo que hasta la misma protección de los dioses puede engañar y está sometida á la ley de inestabilidad general, comprende lo ridículo de su furor y se resuelve á vivir en adelante retirado del mundo, pero sin rehuir en absoluto su contacto. Este final conciliador y humano es una prueba del tacto poético y psicológico de Bojardo.

Para su poema épico sacó el argumento de las leyendas que se habían formado en Francia sobre la persona y hechos de Carlo-Magno y de sus paladines. Desde Francia, donde habían sido tratados en prosa y verso, habían pasado á Italia, y encontrado mucha aceptación á pesar del culto que allí se rendía á la literatura de la antigüedad clásica: época de transición, llena de contradicciones, en la cual gustaron al lado de los héroes de Homero, los campeones toscos de la Edad media, y en la cual abundaron tantos varones, elegantes cortesanos, peritos en ciencias, artes y letras, y á la vez criminales abominables, facinerosos, asesinos infames por motivos livianos.

El héroe favorito de las leyendas carlovingias era en Italia Rolando, ó Roldán, á quien la imaginación popular hizo nacer en Italia y le dotó de todas las cualidades que entonces mas entusiasmaban á la gente. Así quedó *Orlando* como una figura real, con virtudes, vicios y debilidades humanas,

aunque se exageraron las primeras fabulosamente. Este Rolando popular resultó ser así un campeón esforzadísimo, devoto, valiente, fiel, y por otra parte, simple, torpe y fácil de engañar; iracundo, feroz y sin reflexión, por cualquier motivo, lo mismo en el amor que en su trato con los hombres. El título de este poema caballeresco, que empezó en 1472 y que dejó sin concluir, es: «Rolando enamorado,» porque el autor quiso hacer representar al amor el papel principal; la heroína femenina que Rolando busca y nunca llega á poseer, es Angélica, que también aparece como un dechado magnificado de los defectos y méritos femeniles que entonces mas ocupaban la imaginación del pueblo italiano. No ha faltado quien ha querido ver en Orlando y Angélica la personificación de Europa y Asia, del Occidente y del Oriente, y el deseo constante del primero de disfrutar de los atractivos del segundo; pero nada estaba mas lejos de la mente del poeta. Las demás personas del poema son tantas, y vienen y desaparecen con tanta rapidez y variedad, que las aventuras en que toman parte forman un enredo al parecer inextricable, pero que el autor resuelve con mucha habilidad. Allí encontramos á Reinaldo, el campeón caballeresco que solo sueña guerra y heroicidades, valiente en el combate, pero modesto y hasta tímido en la sociedad pacífica, sea con hombres ó mujeres; al travieso Astolfo, que sabe salir de todos los peligros y disimular astuto todas sus derrotas; Roger, fundador de la casa de Este, poco menos que el mas famoso entre los famosos; Rodomonte, el impávido, cuyo nombre descubrió Bojardo en una cacería, y tan contento estuvo de este hallazgo que regresó al instante á la aldea, donde mandó tocar todas las campanas, y en seguida creó un personaje con este nombre; un valiente feroz, cuyos pensamientos y religión se reducen á su caballo de guerra, á su espada, á su brazo y á su rey. Después figura en el poema el diminuto Brunelli, que no obstante su pequeñez é impotencia, se atreve á robar la luna al cielo, el sonido á la campana y el papa á la cristiandad. Entre las mujeres vemos, además de Angélica, mujeres varoniles, como las querían muchos en las poesías del tiempo de Bojardo; Flordelisa, mujer joven, bella y de inteligencia divina; Bradamante, mezcla curiosa de vigor é inocencia; Marfisa, carácter áspero, que creyéndose invencible piensa en invadir el cielo y quemar el paraíso celeste.

No todos estos y otros caracteres de su poema eran creaciones de Bojardo; muchos eran ya en parte ó en totalidad entidades populares, y sacó otros de diferentes obras para agruparlos en la suya, la cual muy lejos de estar destinada á poner en ridículo la caballería, expresaba la esperanza del autor de que esta institución podría y debería renacer «á fin, dice, de que la flor de la virtud vuelva á adornar el mundo.» Quizás inspiraban á Bojardo y á otras personas pensadoras semejantes ideas la inminencia de nuevos ataques y conquistas de los turcos, que unos veinte años antes de empezar Bojardo su poema se habían apoderado de Constantinopla y mientras estaba trabajando en él hicieron ya tentativas para penetrar en Italia. Continuaba todavía vivo el recuerdo de las luchas de la Edad media y era natural que muchos desearan despertar de nuevo en el pueblo aquel arrojo formidable y tan ciego como la fe, que le solía excitar contra los infieles. No había desaparecido la Edad media, que seguía mas ó menos latente y de cuando en cuando se manifestaba hasta en Italia por explosiones parciales y permanentemente por la superstición mas crasa. La superstición, en efecto, dominaba á todo el mundo, y de consiguiente también á Bojardo, que hace desempeñar un gran papel en su poema á filtros que producen el odio y á otros que producen el amor, sortijas mágicas que hacen invisibles á las personas que las llevan, espadas de oro que vencen al campeón mas esforza-